

La vida en el penal cinco estrellas

Cristina y Grace, de 24 y 19 años, son dos de ocho hermanas. Ambas ecuatorianas, nacidas en Quito, comparten algo que las diferencia de las chicas de su edad: están en pareja con dos presos.

La historia de amor de Cristina comenzó hace tres años y medio, cuando conoció a “Sunny” (pronunciado *Soni*), un holandés de 29 años, en una discoteca de Quito. “Salimos durante un mes y lo último que supe de él es que se había tomado el avión de regreso a Holanda”, me cuenta Cristina mientras compartimos un vaso de gaseosa dentro de la celda de Sunny. “Unos tres meses después me llamó por teléfono y me dijo que estaba en Ecuador; imagínate mi emoción, enseguida le pregunté dónde estaba para ir a verlo y cuando me contestó que estaba preso me desmayé, literalmente me caí al piso.” Minutos después de haberse despedido de Cristina, Sunny fue detenido en el aeropuerto de Quito con 2 kilos y medio de cocaína. La sentencia: 8 años de prisión. A partir de aquél llamado telefónico, Cristina comenzó a visitarlo en la cárcel tres veces por semana: miércoles, sábados y domingos, los días que el penal abre sus puertas, de 9 a 17, a las familias y amigos de los presidiarios. Finalmente, unos meses después, se casaron. “No tuve el casamiento que toda mujer sueña, de blanco y con una gran fiesta, pero estoy feliz de estar con él y noto que la cárcel lo ha cambiado para bien”, me confiesa Cristina mientras mira a su marido. Si todo sale bien, Sunny conseguirá la libertad condicional a fines de este año. ¿Sus planes para cuando quede en libertad? Irse a vivir con su mujer y formar una familia. “Por intentar hacer dinero fácil perdí mi libertad, cuando salga quiero rehacer mi vida”, me confiesa Sunny.

Nos trasladamos a otro pabellón y entramos a la celda de César, un colombiano de 28 años que también está preso por tráfico de drogas. Allí conozco a Grace, hermana menor de Cristina, quien enseguida me cuenta su historia con César. “Yo venía siempre con mi hermana a visitar a Sunny, y un día, en una de esas visitas, César me dijo un piropo. Yo no sabía quién era, y en el momento lo ignoré, pero me quedé pensando en él y me decía a mí misma que no era posible que me gustara un hombre así”, me dice riéndose. “Luego empecé a venir a verlo más seguido y hoy estamos juntos hace varios meses... Ya ves, uno encuentra el amor en los lugares más inesperados.” Grace me dice que siente que conoce a su pareja de toda la vida: “La primera vez que entré a su pabellón, a su celda, yo sentí que ya conocía el lugar, que había estado ahí antes... ¡y yo nunca había entrado a este sector porque Sunny está en otro pabellón! Además antes de conocerlo ya había soñado con él...”. “Tal vez se conocieron en otra vida”, le sugerí, y enseguida abrió los ojos y me dijo: “Sí, sí, siempre pienso eso, y a veces creo que estoy loca pero realmente siento que es así”.

Pasé seis horas dentro del penal, hablando con varios presidiarios, la mayoría de ellos extranjeros que cayeron por tráfico de drogas. Cuando le conté a César y a Grace que me iba para Colombia, César fue inmediatamente a buscar a sus amigos colombianos que viven en el mismo pabellón. Martín, de Medellín, y Carlos, de Barranquilla, me contaron muchísimas historias acerca de la vida en esta cárcel tan particular. Particular porque, según ellos, se trata de un penal “cinco estrellas”.

Ubicada en una loma, cerca del centro antiguo de Quito, esta cárcel no es la que uno se imagina, no se parece en nada al estereotipo que nos formamos a partir de las películas. Los presos no viven en celdas vacías ni tienen barrotes que los separan del pasillo, tampoco están obligados a seguir una rutina o a hacer trabajos forzados. Lo más atinado es comparar las celdas con cuartos, o como dicen ellos, con “apartamentos”. Cada cubículo tiene unos 2.5-3 metros de ancho por 4 metros de largo. En cada celda hay una cama marinera, televisión con cable, reproductor de DVD, equipo de música, cocina y baño; en las paredes hay fotos y pequeñas estanterías con libros. La puerta que separa cada "apartamento" del pasillo es doble: primero hay una reja y luego una puerta blanca totalmente concreta que una vez cerrada no permite ver de afuera hacia adentro.

En varias celdas se ofrece algún tipo de servicio: por ejemplo dentro de una se hacen fotocopias y en otra se arreglan equipos de DVD. La celda de Sunny también funciona como almacén: en las paredes hay sobrecitos de café, azúcar, galletitas, papel higiénico... Los productos no son de él, Sunny simplemente se encarga de venderlos y la ganancia queda para el dueño del negocio quien, a cambio, le da comida y vivienda. Es que en este penal, como me dice Martín, quien manda es el dólar: “Si tienes dinero, vives como un rey, si no la estadía se te hace más difícil”. Las celdas se compran, las mejores cuestan entre 2000 y 3000 dólares. “Si no tienes dinero para comprar tu propia celda, debes dormir en el piso de alguna, pero generalmente a las 7 de la mañana te echan”, me explica Martín, quien tiene su propio cuartito al lado del de César. Cada pabellón tiene tres pisos, en el de Sunny, incluso, hay tres mesas de pool. “Una vez hubo un francés al que se le terminó la condena y no quiso irse, se quedó en su celda hasta que las autoridades se dieron cuenta y tuvieron que venir los de la embajada francesa a llevárselo”, me cuenta Martín a carcajadas. “Pero no todos los pabellones son así de lujosos, en el pabellón A la gente vive apilada, hay 40 o 60 personas por cuartito, allí sí que las condiciones son inhumanas. Cuando hay días de visita, empiezan a bañarse a las 4 de la mañana, imagínate que son 40 personas que comparten un baño”, me explica Martín, quien cuando apenas entró al penal debió vivir por un tiempo en ese sector.

Stanley, otro holandés amigo de Sunny, me lleva a recorrer el penal. Salimos del pabellón D hacia un patio pequeño, donde hay una cancha de básquet y puestos que venden comida. “La

comida que nos sirven no es comida... lo mejor es comprarse en estos restaurantes o cocinarse uno mismo, porque lo que nos dan aquí nos pone enfermos”, me cuenta, en inglés. Stanley también está adentro por tráfico de drogas: lo encontraron en el aeropuerto de Quito con varios kilos de cocaína. Me invita a caminar con él por el patio mientras me cuenta historias de la vida en prisión. Le pregunto cómo es un día allí adentro: "No debemos cumplir una rutina obligatoria, solamente hay que despertarse a las 7 que es cuando toman lista, pero luego cada cual hace lo que quiere. Yo hago un poco de deporte por la mañana, luego descanso, duermo un rato, almuerzo, y leo o me quedo hablando con alguno de mis amigos". Stanley casi nunca recibe visitas ya que todos sus amigos y familiares viven en Europa. "Es muy duro acostumbrarse al encierro, pero por suerte tenemos más libertad de la que uno se imagina." Me explica que todos pueden circular por los pabellones y por el patio cuando lo desean, y que si quieren pasarse todo el día durmiendo, nadie se los impide. "Hace un tiempo, este lugar era muy peligroso porque había muchas pandillas, y si no te unías a ellos eras su enemigo. Hubo varios enfrentamientos armados y muertes, pero por suerte ahora está todo más tranquilo". Le pregunto a Stanley si hubo casos de presos que huyeran y me cuenta: "Una vez vino un grupo de monjitas, al parecer un preso encerró a una, le sacó el hábito, se vistió de monja y salió caminando por la puerta principal. Otra vez hubo otro que también se escapó vestido de mujer". Seguimos caminando y llegamos al patio principal, donde unas 30 personas están amontonadas formando un círculo central: está por comenzar la pelea de gallos. En este caso, un gallo versus una gallina. Las apuestas ya están hechas y el ring está preparado. Miro por primera vez en mi vida cómo una gallina lastima a un gallo hasta dejarlo ciego y tambaleándose, totalmente ensangrentado. A mi alrededor se escuchan los gritos de aquellos que apostaron 100 o 200 dólares por uno de los dos animales: "¡Vamos! ¡Mátalo! ¡¡Mátalo!!". La pelea termina y empieza a llover, así que entramos nuevamente a uno de los pabellones. Stanley me presenta a varios de sus amigos: un español, un rumano, un estadounidense. Cada vez que les pregunto hace cuánto están adentro, miran su reloj y me contestan con exactitud: "6 años, 3 meses, 8 días y 2 horas".

Este penal es sólo para hombres, pero es muy común que haya mujeres por todos lados durante los días de visita. Mi visita a esta cárcel fue totalmente improvisada. El domingo, dos chicas australianas del hostel me comentaron acerca de la posibilidad de ir a visitar a los reclusos e inmediatamente dije que sí. En la cartelera del hostel había un papel que daba los nombres de varios presos extranjeros, la dirección del penal y los horarios de entrada, así que anotamos la información y nos fuimos para allá, sin saber más que el nombre y la nacionalidad de las personas que íbamos a conocer. En la entrada nos sacaron las cámaras de fotos, celulares, maquillaje, cinturones, anteojos, objetos de vidrio; luego nos revisaron la ropa para ver si llevábamos armas, drogas, alcohol o algún otro elemento no permitido; finalmente nos pusieron dos sellos en el brazo derecho y se quedaron con nuestros pasaportes. Apenas entramos al pequeño hall que une los pabellones A, B, C y D, varias personas se nos abalanzaron: *Miss ¿a*

quién busca? Venga conmigo ¡yo la llevo! El primer nombre que teníamos anotado era el de Sunny, así que el recluso que nos "guiaba" nos llevó al pabellón D y se puso a gritar su nombre hasta que finalmente nos dejó en la celda correspondiente. Todo a cambio de un dólar.

A las 3 de la tarde termino el recorrido por el penal y me despido de Stanley, quien me agradece la visita: "Es bueno ver caras nuevas y hablar con otras personas. De verdad, muchas gracias por venir". En pocas horas le informarán si se le otorgará la libertad condicional o no, así que está muy nervioso y emocionado. Me saluda y me deja nuevamente en la celda de César. Martín, otro de los colombianos, me da un papel: es una carta para su hermana. "Por favor, si vas a Medellín llévale esto a mi hermanita, yo le voy a avisar que la vas a ir a ver, ella te puede llevar a conocer mi ciudad". Guardo la carta en el bolsillo y charlamos un rato más, hasta que se hace la hora de irnos. Grace me agarra del brazo y nos vamos a la celda de Sunny a buscar a Cristina, quien está con su marido mirando una película. Salimos las tres juntas, bajamos la loma y caminamos hacia un puente. Sigue lloviendo y el frío de la sierra comienza a sentirse. Me despido afectuosamente de las dos chicas y me tomo un colectivo hacia mi hostel. Durante todo el trayecto observo la ciudad de Quito con fuerza, intentando abarcar las montañas, los edificios, la gente, los parques, en mi mirada. Todavía no termino de digerir todo lo que viví en tan pocas horas. Pienso en cuán valiosa es la libertad y a la vez admiro la fortaleza de estas dos hermanas, quienes el próximo miércoles, y el próximo sábado, y el próximo domingo, durante quién sabe cuántos meses, estarán nuevamente ahí, viviendo sus historias de amor en el lugar que jamás soñaron.